El día de la felicidad

DESTINO

Danielle Star

El día de la felicidad

DESTINO

Todos los nombres y personajes relacionados en este libro son *copyright* de Atlantyca Dreamfarm s.r.l. y licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A. en esta versión original. Todos los derechos reservados.

Textos: Danielle Star
Colaboración editorial: Carolina Capria y Mariella Martucci
Ilustraciones: Nicoletta Baldari, Barbara Bargiggia, Erika De Pieri, Emilio Urbano, Patrizia Zangrilli

Título original: *Il giorno della felicità*
Versión original publicada por RCS Libri S.p.A. (Fabbri Editori)
© de la traducción: Helena Aguilà, 2016

Destino Infantil & Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2016 - Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia
© 2017 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., Via Leopardi, 8, 20123 Milán - Italia
foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: marzo de 2017
ISBN: 978-84-08-16752-5
Depósito legal: B. 178-2017
Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1. Una bienvenida muy dulce

—Huevos, mantequilla, harina... —se repetía Maya, mientras leía en su cuaderno los ingredientes del postre que quería preparar.

Estaba en la escuela de las Melowy, las potrillas nacidas con un símbolo en las alas, y bajaba la escalera. Lo que más le gustaba a Maya era cocinar, y le encantaba la inmensa cocina de Destiny, el reino de la cocinera Teodora.

Las alumnas no podían entrar allí... pero era una ocasión especial, y Maya se había levantado antes que las demás. Quería pedirle permiso a la cocinera para preparar un postre. ¡Y tenía que salirle riquísimo! Cuando llegó a la puerta, oyó ruido de cacerolas y cucharas y siguió repasando la receta:

—Mezclar la mantequilla y el azúcar, después añadir los huevos...

Al final, la potrilla llamó, sacó la cabeza y entonces sonrió:

—Hola, Teodora. ¿Puedo usar la cocina para hacer un postre?

La cocinera, con su melena color cacao, estaba a punto de meter una tarta en el horno y la miró extrañada:

—No he entendido demasiado bien lo que quieres hacer, pero... buenos días, azucarillo.

—Ya... lo siento —rio Maya—. Vuelvo a empezar: mi madre fue alumna de Destiny, antes de ser sanadora. Hoy Gea le ha pedido que venga a explicar a las alumnas de cuarto lo difícil que es su trabajo, y decirles que lo tienen que pensar muy bien antes de decidir lo que quieren hacer. Ya sé que la cocina es tu reino, pero... hoy llega mi madre y me gustaría recibirla con un postre.

—¡Es una idea genial! —exclamó la cocinera, y le dio a Maya un abrazo que olía a vainilla—. ¿Qué tienes pensado hacer?

—Magdalenas —respondió la Melowy, señalando el cuaderno de recetas—. Tengo aquí un...

—Nada de recetas, por favor —la interrumpió Teodora, y dejó los ingredientes encima de

la mesa—. Nos guiaremos por los aromas y sabores.

—Pero es que... —dijo Maya—, yo no sé si voy a saber...

—Ahora lo veremos —contestó Teodora.

—Ejem... ¿pongo más azúcar? —le preguntó la Melowy, sin dejar de remover.

—Pregúntaselo a la masa —respondió la cocinera con una sonrisa.

Entonces Maya miró la masa. Por mucho que se lo preguntara, ¿cómo iba a contestarle? Al fi-

nal, decidió meter el cucharón y después probar el gusto que tenía.

—¿Qué te dice? —preguntó Teodora.

—Que quiere más azúcar —contestó Maya.

Después añadió una cucharada y siguió removiendo, oliendo y probando hasta que llegó el momento de meter las magdalenas en el horno.

—¡Huele de maravilla! —exclamó Electra,

que entraba en la cocina junto con Selene, Kora y Clío.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —preguntó Maya sorprendida, al ver a sus compañeras de habitación.

—Maya, imaginaba que estarías aquí —explicó Clío—. Deprisa, ven con nosotras. Ya está todo preparado para recibir a tu madre.

—Anda, ve, azucarillo —la animó Teodora mientras vigilaba el horno—. Ya las acabo yo.

—Vamos —sonrió Maya—. Ya estoy lista.

—¿Seguro? —rio Kora—. Veo que quieres ir de «pastelera pringosa»...

Maya se miró en una bandeja reluciente: tenía el pelo lleno de harina y la mejilla manchada de chocolate.

—Tienes razón —dijo sonrojándose—. No estoy lista, estoy... *casi* lista.

En Destiny no se hablaba de otra cosa desde hacía días.

Del Reino de la Primavera estaba a punto de llegar la famosa sanadora Amarilis, la madre de Maya. Iba a hablar de su trabajo a las Melowy del últi-

mo curso, y ellas le habían preparado un baile de bienvenida.

Todas las alumnas de la escuela se habían reunido en el jardín del castillo para admirar a sus compañeras más avanzadas.

—¡Vaya, son fantásticas! Un día llegaremos a ser como ellas —exclamó Electra, bailando y sacudiendo sus rizos pelirrojos.

—Vosotras sí, pero yo... Mirad a Flora, yo nunca seré tan buena —suspiró Maya, señalando a una de las mejores alumnas del último curso, una Melowy del Reino de la Primavera con trencitas, que volaba en círculos entre las nubes.

—Claro que lo serás —le dijo Kora—. Sólo tienes que estudiar y esforzarte.

—Yo creo que hasta llegarás a ser mejor que ella —sonrió Clío.

—Chicas —las llamó la directora Gea—. Nuestra invitada está a punto de llegar. Venga, todas a vuestros puestos.

Las Melowy se colocaron en fila, y enseguida vieron a alguien a lo lejos.

—¿Es ella? —le preguntó Selene a su amiga.

Maya dijo que sí muy contenta, reconociendo el vuelo de su madre.

—Qué elegante es... ojalá me enseñe a peinarme como ella —dijo Kora con admiración. Luego añadió—: No viene sola.

Maya temblaba de la emoción. No distinguía bien al pequeño acompañante de su madre, pero esperaba que fuera quien ella imaginaba.